

HEREDIA CORREA, Roberto, *Un Colegio para Tierracaliente. La narración de fray Martín Ochoa*, adv., ed. e intr., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos (Bibliotheca Humanistica Mexicana 11), 1996, 136 págs., 15 x 22 cm.

Entre cajas, carpetas y expedientes del Archivo de la Casa de Morelos, en Morelia, Michoacán, encontró Roberto Heredia los manuscritos que se publican en este libro. Todos esos documentos se refieren a un efímero colegio (29 de enero de 1836-15 de abril de 1838) (p. 51-52 y p. 96), cuya breve existencia se convirtió en testimonio histórico de la enseñanza en México. Que el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM haya editado este documento, muestra el interés por todo aquello que de alguna manera se vincula con la tradición clásica en México, en este caso, por la enseñanza y el uso del latín en los colegios de la Nueva España y del México independiente. Aunque el objetivo de la narración es la apología que el autor hace de sí mismo, como advierte en el epígrafe que precede al capítulo I: “para indemnizarse ante S. P. M. R. del mal concepto que pudiera haberse contraído a virtud del trágico fin que tuvo aquel establecimiento” (p. 41; cf. p. 104).

En la advertencia (pp. 11-15) aprovecha Heredia el relato de José Guadalupe Romero sobre el obispado de Michoacán (México, 1862), y da noticia de los colegios de Coyuca y de Zirándaro (1844) (pp. 11-12), fundados por fray Martín Ochoa, quien, al parecer, murió en 1850 (p. 15). Recoge también otros datos biográficos del fraile, especialmente respecto a las dificultades y “persecuciones” que dentro de su orden sufrió el agustino, de lo cual escribía: “para sustraerme a la persecución que entonces sufrí entre nosotros” (p. 115). En el capítulo “Nebrija en Tierracaliente” refiere Heredia otros intentos de establecer colegios en tan inhóspita región de la Nueva España, pero que nunca se llevaron a cabo (pp. 17-22). Describe también el establecimiento,

desarrollo y fin del colegio de Coyuca (pp. 22-36). Además de la narración, Heredia reproduce en el apéndice documental (pp. 119-136) fragmentos del manuscrito, dos textos manuscritos en latín, planos del colegio, listas de alumnos y su calendario y horarios. En cuanto a la narración misma (pp. 37-118), la transcribe sin notas al pie de página o comentario alguno directos al texto.¹

En 1839 escribe fray Martín su narración (p. 39) y en ella apenas relata la construcción del colegio y los primeros éxitos de la enseñanza; ya que bien pronto la obra comenzó a desmoronarse, de manera que las intrigas y la destrucción del colegio ocupan más de la mitad de la narración (cc. IX-XV, pp. 75-108). Al leer la narración del siglo XIX, se percibe en ella exactamente lo sucedido en el siglo XVI, cuando los agustinos fueron a Michoacán con el ideal de educar y de evangelizar a los indígenas de Tierracaliente y fundaron colegios, como el de Tiripetío en 1540.² En efecto, fray Martín revive el ímpetu de los primeros agustinos, como él dice: “Sentí arder en mi pecho una llama del celo y un vivo deseo de volar al socorro de aquellos infelices, a imitación de nuestros primeros fundadores, por cuya vehemencia se arrojaban intrépidos, como inocentes mariposas a los ardores de aquel clima voraz y abrasador” (p. 43). “Llegó entre tanto el *cholera morbus*; siguieron las guerras de 34, la persecución de la Iglesia, el destierro de Su Señoría Ilustrísima y otros mil males que no me presagiaban sino la imposibilidad de mi proyecto” (p. 44). Pero más que las adversidades de la naturaleza, pesaban las de los humanos: “Vivo en tiempos tan críticos y difíciles, la piedad se ha extinguido casi del todo en los corazones de los fieles, motivo por el que los fondos de la Santa Iglesia se hallan tan exhaustos: el Supremo Gobierno parece que desamparó a la Iglesia, retirándole sus auxilios coactivos para la solución de sus antiguas y divinas rentas” (p. 46).

Sin embargo, con grandes ilusiones y a pesar de las adversidades, en noviembre de 1835 “ya había yo recabado, dice, licencia de nuestra

¹ R. Heredia publicó el artículo “Nebrija en Tierracaliente”, *Noua tellus*, Anuario del Centro de Estudios Clásicos 13, UNAM, 1975, pp. 91-106. Cita documentos del Archivo de la Casa de Morelos y algunos pasajes de la *Narración*. Es útil para completar el entorno histórico y para mejor comprensión de la narración misma.

² Narra esta fundación, como la primera de un Colegio Mayor en la Nueva España, fray Diego Basalenque, *Historia de la Provincia de S. Nicolás de Tolentino de Michoacán del Orden de N. P. S. Agustín*, cur. J. Bravo Ugarte, México, 1963, pp. 64-67. También se refiere a dicho colegio fray José Sicardo en su *Suplemento Crónico*, Paleografía, notas, introducción y edición: Roberto Jaramillo Escutia, OSA, México, 1996, p. 61.

Provincia, arreglado mis cosas, proporcionado avío y marchado para el Tierracaliente, sin saber ni yo ni los mozos, dónde era ni por dónde deberíamos caminar, y sin contar para esto con un cuarto en la bolsa, pero contaba con toda la Divina Providencia” (p. 47). Como buen agustino, fray Martín aprovecha la oportunidad y deja ver su patriotismo y nacionalismo, cuando describe la noticia del nuevo colegio: “Pero ciertamente no se difundió con más velocidad el fuego patrio en los corazones de los mexicanos al resonar por los años de 810 la voz de Libertad” (p. 51), que la noticia del colegio para Huetamo y pueblos circunvecinos. Sin embargo, junto con el entusiasmo y el nacionalismo, en pleno siglo XIX y ya en el México independiente, el fraile tenía una idea, como en el siglo XVI, que menoscababa al indígena: “Yo me había figurado aquellas tierras incultas, con un número de almas muy considerable, todos idiotas, sin principios, sin letras y sólo cristianos por el bautismo —pues así nos cuentan muchos—” (p. 51). Pero como las autoridades eclesiásticas no permitieron fundar el colegio en ese lugar, con ayuda del cura de Coyuca, el bachiller D. Ignacio Antonio Navarro, el 29 de enero de 1836 se hizo ahí la “apertura de la enseñanza” con dos alumnos y “sin más aula que la sombra de un mezquite” y teniendo por cátedra un “cajón” que le servía de asiento (p. 53).

En agosto fray Martín marchó a Morelia para ultimar detalles con el obispo y así se inició el proyecto, que no la construcción, porque era tiempo de aguas y se carecía tanto del sitio, que se pediría al ayuntamiento, como de los materiales. El fraile regresó con lo que sería la biblioteca: “Un cajón de Artes de Nebrija, Cicerones, Catecismos de San Pío V y cuadernitos de oraciones, para que el estudio no se entorpeciera por su falta” (p. 54).³ Y llegó a Coyuca a fines de 1836.

En cuanto al aspecto académico del colegio, la narración subraya que el aprendizaje y el uso del latín, todavía en el siglo XIX, eran indispensables en la enseñanza; por eso a lo largo de la narración se hace énfasis en ello. “Por ir amalgamando aquel número de jóvenes, todos de distintas tierras, entregados a un estudio tan árido como el del principio de la latinidad”, dice en una parte (p. 58), y en otra: “Desde entonces redoblé mis tareas, pasándoles a los medianistas dos veces al día traducción de Cicerón y práctica de sintaxis y, en la noche, traducción de San Pío V” (p. 64). Y todavía: “Procurábamos avivar el estudio de los medianistas, hasta ver si se lograba abrirles un curso de Artes en el próximo noviembre” (p. 67). Y es que el curso de Artes se

³ Así comenzó lo que los cronistas citados, l. c., llaman “la primera biblioteca americana de que se tenga noticia”.

hacía en latín. Por eso dice más adelante: “Y yo, por mi parte, desde que comencé a enseñar a los primeros, me dediqué tanto al estudio de la gramática latina, que, cuando llegó la vez de que estudiaran los géneros y pretéritos, ya yo les había escrito unos, formados por mí en verso castellano, tan lacónicos y correctos, que ni me dará vergüenza que los vean los que entienden este idioma; ni mis alumnos perdían el tiempo grabándose en la memoria las reglas latinas del Nebrija, sin entenderlas, sino que en muy corto espacio aprendían aquellas que yo les dí, y con la mayor facilidad las practicaban, como que las entendían. De la misma manera les escribí también algunas especies de oraciones, que no están en el *cuadernillo* con la precisión que podían. Emprendí lo mismo con la sintaxis; y conservo los borradores, aunque no concluí, porque el número de alumnos me exigía más dedicación a ellos que al estudio particular. La prosodia sí la concluí, aunque sólo dos o tres la aprendieron, y no la practicaron, por darnos prisa a la apertura del curso. Les hice aprender algunos elementos de retórica” (p. 95).

Por nuestra parte queremos señalar aquí que, cuando fray Martín menciona las *Artes* de Nebrija, se refiere al *Ars grammaticae libri quinque*, del reformador de la enseñanza del latín, Elio Antonio de Nebrija, en alguna edición contemporánea, de Madrid o de París.⁴ Y para la práctica en el colegio se utilizaron Cicerón, aunque no se menciona título alguno, y libros de carácter religioso.

El pueblo se entusiasmó con el colegio y todos colaboraron para su construcción. Ricos y pobres marcharon al monte y en pocos días dejaron “en el pie del cerro un gran número de vigas en disposición de arrojarlas al río por donde debían venir.” “Se dejó ver toda la superficie de una gran parte del río cubierta de un sin número de indios; era todo el pueblo de Tlapehuala que a cual más empeñoso dirigía cada uno su viga flotante sobre las ondas, como otras tantas navecillas” (p. 61). Ese día hubo en Coyuca repiques, cohetes, júbilo y saltos de gozo.

El 3 de diciembre de 1836 llegó a Coyuca fray Alipio, el hermano de fray Martín (p. 69); y de inmediato se dispuso a iniciar el curso de Artes. “Continuamos la enseñanza, escribe el agustino, con la actividad de siempre... de suerte que mi hermano... se dedicó de tal manera, que emprendió el trabajo de escribir en castellano todo el tomo primero de la *Lógica* de Bouvier y hacer que sus alumnos copiaran sus

⁴ Impreso en México, sólo se menciona en el CD-ROM *Fondos Bibliográficos Conventuales*, del INAH, México, 1994: *De Institutione grammaticae libri V*, de C. Bouret, México, 1878. Esta edición fue, pues, bastante posterior a la existencia del referido colegio.

cuadernos para facilitarles más el estudio; y conservo aún todos éstos para una prueba de su empeño, caso que alguno lo negara” (pp. 94-95).

Para destacar la calidad de la educación y la importancia del latín en los colegios agustinos de la Nueva España, cabe señalar y comentar aquí que los agustinos debieron estar muy al día en las doctrinas y publicaciones europeas, pues las *Institutiones Philosophicae*, de Jean Baptiste Bouvier, desde su primera edición en 1824, siempre se editaron en un solo volumen de setecientas páginas y sólo se registra en tres volúmenes la cuarta edición, de 1835, impresa en París por Maquignon Junior, aunque en ese año se registra también en un solo volumen la del impresor Beau, de París.⁵ El texto en latín, que en Coyuca se tradujo al castellano, se difundió tanto en el siglo XIX, que en 1879 tuvo su 17a. edición. La obra constaba de *Logica, Metaphysica, Moralis*. Pretendía sustituir al tradicional texto *Philosophia Lugdunensis*. Bouvier, obispo Cenomano de la Galia Cisalpina, según su prólogo a la décima edición (1853), quería reformar la enseñanza de la filosofía, en método y doctrina, auxiliando con su texto la exposición oral y mezclando las cuestiones filosóficas y teológicas, además, con argumentos de la Escritura. La *Logica* contenía en doscientas páginas: cuatro capítulos sobre la filosofía y sobre la argumentación, y luego trata sobre la idea, el juicio, el raciocinio, el método y la certeza.

Volviendo a la narración, fray Martín nos cuenta que, después de los temblores del 27 y 28 de noviembre de 1837, se pensó trasladar el colegio a la hacienda de Patambo. Con honorarios, asistencias y demás emolumentos compraron la hacienda en diciembre de ese año (pp. 69-72). Los frailes y el cura Navarro se hicieron socios de una mina (pp. 73-74). Sin embargo, el cura Navarro fue removido y el proyecto de Patambo no fue aprobado por las autoridades eclesiásticas (pp. 75-82). El cura Navarro, dejó sus bienes al colegio, pues poseían la hacienda con más de quinientas reses y eran socios de la mina que fundía en Tejupilco y les daba tres barras de plata. En los cc. IX-XI (pp. 75-91) narra el fraile los infundios contra el cura Navarro y contra él y su hermano, que no es necesario referir aquí. La remoción de Navarro y el retiro de fray Alipio, que se fue el 15 de marzo “a pasar sus vacaciones en el cerro de Albadelista, donde se hallaba la mina” (p. 98), marcaron prácticamente el final del colegio. El 15 de abril terminó el

⁵ Las ediciones en uno y tres volúmenes, de 1835, un año antes de la fundación del colegio, están catalogadas en el CD-ROM del INAH. Se registran los volúmenes II y III de dicha edición y, además, varias decenas de ejemplares de diferentes ediciones.

curso, con los exámenes “más o menos mal según su talento y dedicación”, pues los alumnos eran “por naturaleza bastante escasos”, excepción hecha de Manuel Campuzano, de Cutzamala, quien pronunció una “arenga en latín... en una conferencia pública” (pp. 93-98), cuyo manuscrito reproduce Heredia (pp. 126-129), pero ¡lástima! sin transcribirlo ni traducirlo. En los cc. XIII y XIV explica el fraile las intrigas en su contra, por las que el colegio se acabó, y las amenazas de “suspensión” y “encarcelamiento” (pp. 99-112).

Para poner fin al Colegio se alegó falta de dinero y problemas de la revolución. Pero el fraile argumenta, con la lógica de Bouvier, que ni la una ni la otra causa alegadas valían; pues, por una parte, todos ayudarían; y por la otra, la tropa de la revolución a ninguno del colegio perseguía y hasta ayudaron al cura a escapar, y no buscaba destruir la obra material, en la cual se hospedaron soldados y convivieron con sus moradores (pp. 113-116).

Así pues, aunque el documento publicado por Heredia pertenece al México independiente, es también un testimonio y remate de la historia de la enseñanza, del uso del latín y de los métodos y doctrinas en los colegios agustinos del periodo novohispano.

Arturo RAMÍREZ TREJO